



Enrique M. Jover

A cada edad lo suyo

ENTREMÉS

Sociedad de Autores Españoles

— MADRID —

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

7.657.46

N.º de la procedencia

4287.

A CADA EDAD LO SUYO

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

A cada edad lo suyo

oooooooooooooooooooooooooooo

ENTREMÉS

ORIGINAL DE

ENRIQUE M. JOVÉR

oooooooooooooooooooooooooooo

*Estrenado con éxito en el Teatro Lírico de Valencia
el 29 de Junio de 1917*



VALENCIA.—1917
IMPRESA DE V. GALLEGOS
SAN MIGUEL, 20

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la **SO-CIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES** son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

|||

A la memoria de D.^a Teresa Jover de Martínez

|||

Nadie como tú, madre mía, merece le dedique este humilde trabajo, que el recuerdo de tus excelsas virtudes ha inspirado.

No soy literato ni tengo pretensiones de ello y mi sola ambición es que, si á las almas puras y elevadas les es permitido descender á la tierra al llamamiento de sus seres queridos, deposites en mi frente uno de tus amantísimos besos, para fortalecerme en las nobles y sublimes máximas que supiste inculcar en mi alma y será el mayor premio que pueda conseguir tu hijo

Enrique



ACTO UNICO

oooooooooooooooo

Sala decentemente amueblada; puertas al foro y dos laterales. Segundo término derecha, un velador ó costurero. Primer término izquierda, sofá, sobre el cual habrá una muñeca grande y otra pequeña.

Al levantarse el telón, aparece CARMEN leyendo una carta, que dejará con disgusto sobre el velador; luego se dirige al sofá donde están las muñecas, cogiendo la más grande.

CARM. ¿Qué tienes hoy tan seria, nena mía? ¿Estás enfadada porque me he puesto á leer antes de darte el beso que te doy todas las mañanas? ¿Sí? Pues no te disgustes, que ahora te daré muchos, muchos... y como tú eres ya mayorcita, y una niña juiciosa, te contaré todo lo que me pasa y me perdonarás, ¿verdad? Toma...
(La besa repetidas veces.) ¿Qué es eso, no me perdonas y sigues enfadada? (Disgustada) ¡No correspondes á mi cariño! ¡Ya noto de poco tiempo á esta parte que estás seria conmigo! ¡Ya no me miras con la dulzura que me mira-

bas! (Pausa.) ¡¡Pues yo no te he ofendido en nada!! Sólo hoy me he retrasado un poco en darte el acostumbrado beso; pero cuando te diga el motivo de mi retraso, estoy segura me lo perdonarás; porque... ¡¡ay!! (Suspirando.) ¡hija mía! aunque una no quiera, en la vida, hay momentos muy serios. (Pausa, durante la cual se enjuga una lágrima, mira al otro extremo del sofá y fijándose en una pequeña y alegre muñequita, exclama:) Tú eres más buena, ¡pequeñita mía! tú que no conoces la envidia y los celos, me sonríes siempre, aunque tarde en acariciarte. (La besa.) ¡Tú eres la única que me dá alegría, porque no conoces el egoísmo, pero tu hermana... como es ya una mujer... una señora mayor... se conduce como todas. Bésala tú (Acercándolas para que se besen.) á ver si consigues alegrarla.

AVEL. Que entra distraidamente por el foro y al ver á Carmen se detiene y rápidamente se quita el sombrero, retrocede, preguntando desde la puerta: ¿Se puede?

CARM. ¿Eres tú? Entra, Avelino. No te oí llamar.

AVEL. Salía Petra, cuando llegué y me dijo que esperase en esta habitación á que usted saliera y... (Fijándose que Carmen tiene las muñecas sobre las rodillas.) ¿pero, qué es esto señorita, todavía juega usted con las muñecas?

CARM. (Con mimo.) ¿Me vas á reñir?

AVEL. ¡¡Yo!! ¿Con qué derecho, ni qué autoridad tengo? Lo dije sencillamente porque creo que su edad de usted es ya para pensar en cosas más serias. (Con despego.)

CARM. ¡¡Cosas serias!! (Con sentimiento.) ¡Si supieras Avelino, qué miedo me dá la seriedad! (Pausa.) ¿Por qué no habíamos de ser siempre niños y reir con esa alegre expansión del alma... sin pre-

ocupaciones... olvidándonos de la vida sin acordarnos de la muerte..?

AVEL. (Con aspereza.) ¡Qué niñerías!

CARM. (Con dulce reconvención.) ¿Acaso tú no recuerdas con gusto de la niñez y lamentas que haya pasado?

AVEL (Con dejo de amargura.) ¡¡La niñez!!.. ¿Acaso yo he sido niño? ¿Qué usted no recuerda de mi infancia, como yo de la suya? Yo no he sido niño, señorita, usted lo sabe. Yo sólo recuerdo que he tenido pocos años y que mi padre, que esté en el cielo, sólo quería que yo fuera hombre; y en su austeridad, jamás me consintió un amigo, ni un juguete; sólo me permitía asistir á sus juegos de usted, como espectador, pero sin mezclarme en ellos.

CARM. ¡Qué suplicio!

AVEL. No lo crea; tanto llegué á identificarme con el carácter de mi padre, que ninguno de sus juguetes de usted llamaban mi atención y no sólo los miraba con indiferencia, si no que me molestaba verla á usted tan alegre y distraída en cosas tan triviales y simples como sus muñecas, aros y carricoches mecánicos.

CARM. ¡Qué rareza!

AVEL Yo no comprendía más que la lectura y la aritmética, que es á lo que me había acostumbrado mi padre desde mi más tierna edad. (Recordando.) Sólo un día... ¡Qué grabadas tengo en mi mente aquellas escenas! ¡Jamás se borrarán! Un día que su mamá trajo á usted un hermoso balón y usted gritaba y saltaba de alegría, me sentí contagiado de su gozo. Usted, como siempre, me invitó á jugar, diciéndome: «Oye, polizonte, ¿quieres que juguemos con

«esto?» Era tanta la atracción que para mí tuvo aquel juguete, que fué la única vez que no me molestó el mote con que usted se burlaba de mi seriedad... y sin dejarla repetir la invitación, corrí veloz, loco de alegría, á apoderarme del balón, con la misma codicia que corriera un avaro para apoderarse de un inmenso tesoro... ¡Qué extraña evolución sentí en todo mi ser! Me pareció entrar de improviso en un mundo nuevo donde todo era dicha. Corrí, salté, gritaba de júbilo, olvidándome de todo... hasta de mi mismo... ¡Momento sublime en que todo me sonreía! ¡Nueva vida gozaba mi alma! ¡Hermoso ensueño, del que jamás hubiera despertado! ¡Pero .. desperté, desperté bruscamente, para sepultarme en el abismo de la realidad! (Con amargura.) ¡Momento fatal cuando me sentí cogido de un brazo por mi padre, apostrofándome con las más duras palabras!.. (Pausa.) Tres interminables días, estuve encerrado en un cuarto sin ver la luz del sol... tres días que estuvo mi pobre madre, viniendo á mi encierro sin desplegar los labios, pero con los ojos enrojecidos por el llanto! ¡Aquello aumentaba mi dolor; y cuantas veces intenté dirigirle la palabra para protestar de la tiranía de que era víctima, sentía anudada mi garganta y mis ojos inundados por las lágrimas! Mi madre me comprendió y sólo pudo balbucear: «¡Hijo mío, tu padre es bueno; todo es por tu bien... ámale!» Entonces comprendí á mi madre... entonces la conocí y admiré su grandeza de alma; su heroica abnegación queriendo ocultar la tortura de su amoroso corazón; dispuesto á sacrificar su vida, por lo que creía

mi bien. ¡¡Madre adorada!! ¡Nunca te amaré bastante! (Carmen y Avelino lloran en silencio. Pequeña pausa durante la cual pretende hablar Carmen y demuestra que la emoción no la deja.) Cuando por fin vino mi padre á perdonarme, me hizo prometer, que jamás volvería á caer en el ridículo de los juegos, y sobre todo, que tuviese presente la distancia que nos separaba á la nieta de un noble, del hijo de un simple administrador. (Pausa.) Un año después murió mi padre, no dejándome más herencia que su nombre honrado que yo venero. (Pequeña pausa.) Yo contaba apenas doce años y mi madre, ya impedida, tuvo necesidad de recomendarme á un antiguo amigo de mi padre para que me colocara en su despacho donde continúo, llevando hoy la contabilidad; y gracias á mi modesto sueldo y la pequeña renta de la finca que habitamos, puedo atender á los cuidados que mi pobre madre necesita, sin las amarguras que hubiéramos sufrido sin la abnegada caridad de su mamá de usted, que esté en la gloria.

CARM. Aquello no fué caridad, fué justa recompensa á los honrados y nobles servicios de tu padre, que gracias á él, no fué mayor nuestra desgracia y sin él, no se hubieran salvado ni tu finca ni ésta mía, únicas que gracias á su pericia, pudieron salvarse del ruinoso pleito que sostuvo mi padre para obtener el título que le correspondía y no alcanzó.

AVEL. Sí, fué caridad, señorita. Caridad y abnegación, puesto que para favorecernos á nosotros, redujo su ya esquilado patrimonio de usted, obligándola á vivir con estrecheces y privaciones.

CARM. ¿Estrechez? ¿Privaciones? No lo creas Avelino. Petra que me ha criado y que me quiere como si fuera mi propia madre, es muy económica y me proporciona cuanto deseo. No vivo con lujo, que para nada sirve, pero no carezco de lo necesario... y soy feliz.

AVEL. Feliz, porque es usted un angel, (Con pasión.) porque...

CARM. (Cortando la frase.) ¿Que tú no eres feliz?

AVEL. (Contrariado.) Siempre ha huído de mí la felicidad. La felicidad es la alegría y nunca me he sentido alegre... es decir... breves momentos.

CARM. Comprendo: el excesivo rigor de tu padre nunca te dejó disfrutar de la vida y ha encarnado en tí el disgusto y el hastío.

AVEL. Mi padre sólo ansiaba que yo fuese hombre.

CARM. Sí, era muy justa su aspiración, pero debió considerar cuando eras niño, que «*á cada edad lo suyo*» y que...

AVEL. (Interrumpiéndola.) Perdóneme usted, señorita, que no la deje continuar y que la suplique respete la memoria de mi padre, no juzgando sus actos; que si se equivocó en mi educación, por mi bien lo hizo y yo le disculpo y le perdono.

CARM. (Pero te ha amargado la vida.) Bien, no hablemos más de esto. (Alegre.) Vamos á ver, ¿se puede saber el motivo de tu visita?

AVEL. (Sorprendido y risueño.) Es cierto, que nada le he dicho todavía. Pues que mañana es el cumpleaños de mi madre.

CARM. ¡Ah!..

AVEL. Y como de costumbre, desea pase usted el día con nosotros.

CARM. Es verdad, quince de Octubre. (Con júbilo.) ¡Por

cierto que es el único día del año que estás alegre! ¿En qué consiste?

AVEL. En que está usted con nosotros y nos contagia su constante alegría.

CARM. ¡Qué lástima no cumpla tu madre los años todos los días y tuvieras contagio perpetuo.

AVEL. (Riendo.) ¡Qué buena es usted!

CARM. ¿Ya te has reído? Has hecho honor á la víspera.

AVEL. Pero, ¿cuándo tendrá usted formalidad?

CARM. ¿Formalidad? Me asusta. ¿Qué te molestan mis risas? pues lo siento, porque no he de variar mientras pueda. Tú mismo, que eres el prototipo de la seriedad, digiste hace poco, que la alegría es la felicidad y no quiero perderla. (Avelino quedá pensativo.) ¿Qué piensas?

AVEL. ¡Que tal vez tenga usted razón!

CARM. Naturalmente. ¿Nunca te has dado cuenta de lo ridículo de la grave seriedad de un niño y el hastío de un joven? Pues es lo mismo que si en un alegre baile de máscaras se propusiera cualquier persona rezar el rosario; todos se apartarían de ella siendo el blanco de las risas. (Se levanta y va hacia él.)

AVEL. Luego yo...

CARM. Sí, hombre, sí. ¿Se puede ver nada más ridículo que un niño hombre y un joven viejo? Créeme Avelino, ¡A cada edad lo suyo! Ven, ven Avelino, mira mis muñecas. ¡Ven hombre, (Cogiéndole de la mano.) no temas al contagio! Mira, ya está ésta más alegre; (Cogiendo la más grande.) cuando tú llegaste, estaba muy seria conmigo, y ya parece que le ha pasado el enfado.

(La besa repetidas veces.)

AVEL. (Mirando y cogiendo la muñeca pequeñita.) ¡Qué alegre y

qué simpática es ésta!

CARM. ¿Ves? tú mismo lo has dicho; te es simpática porque es alegre. (Dirigiéndose á la muñeca grande.)
¿Oyes, lo que dice este niño? (Por Avelino.) Que te sirva de ejemplo. Le es más simpática la alegría de tu hermanita que tu seriedad.

AVEL. (A la misma muñeca.) No, dile... tú lo has dicho, que este niño, no ha dicho nada.

CARM. (Encarándose con Avelino, ambos sonrientes.) Tú lo has dicho.

AVEL. No, tú has sido.

CARM. Tú...

(Repiten los dos, y rien ambos á carcajadas y dejan las muñecas.)

¡Gracias á Dios, que te veo feliz!

AVEL. ¿Que usted se preocupa por mi felicidad?

CARM. ¿Acaso no nos queremos como hermanos? ¿Que tú no te preocupas de la mía?

AVEL. ¿Qué duda cabe? (Ta citurno.)

CARM. Dame una prueba.

AVEL. ¿Cuál?

CARM. Rie siempre y tutéame. (Con imperio.)

AVEL. (Turbado.) Señorita...

CARM. (Apasionada.) Dale, llámame por mi nombre, quiero oír cómo suena en tus labios.

AVEL. (Con pasión y cogiéndola las manos.) ¡Carmen!..

CARM. Así; ¡qué feliz me haces! (Inmensa alegría.)

AVEL. (Mirándose con arrobamiento.) Dí mejor: ¡qué felices somos!

CARM. (De pronto y como recordando.) ¡Ah, mira; lo único que me hizo estar triste un momento, por pensar seriamente, (Entregándole la carta que dejó sobre el velador.) la recibí esta mañana temprano.

AVEL. (Después de leerla y muy agitado.) Pero, ¿tú conoces á este señor?

CARM. (Sonriendo.) Me le presentaron en casa de las de

Nereida.

AVEL. ¿Y qué te parece?

CARM. Muy ridículo... y muy viejo; como que me dobla la edad.

AVEL. (Con marcada intención.) Sí, pero de ese no puedes decir que es serio, porque siempre está riendo y...

CARM. No te alarmes. Conoces mi máxima: *¡A cada edad lo suyo!*

AVEL. (Abrazándola con entusiasmo.) Tienes razón, sí: *A cada edad lo suyo.* (Marcando mucho la frase.)

TELON

